





100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería ecológica: el 100 % de las recogidas y buena parte de las entregas se hacen andando o en bici. Para las entregas que no se pueden hacer sin medios motorizados hemos elegido a la mensajería con el plan de reducción de emisiones más ambicioso para 2025.



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

EL GRAN INVIERNO

HENRY DAVID THOREAU

TRADUCCIÓN DE SILVIA MORENO PARRADO



errata naturae

ÍNDICE

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2021

© de la traducción, Silvia Moreno Parrado, 2021

© Errata naturae editores, 2021

C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25
28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-17800-40-6

DEPÓSITO LEGAL: M-27881-2021

CÓDIGO IBIC: DN

IMAGEN DE PORTADA: Angela Harding

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

| | |
|-----------|-----|
| DICIEMBRE | 9 |
| ENERO | 91 |
| FEBRERO | 175 |

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

DICIEMBRE

21 DE DICIEMBRE DE 1851

Los problemas que tengo con mis amigos son tales que no hay franqueza que los resuelva. No hay precepto en el Nuevo Testamento que pueda ayudarme. Otros pueden confesarse y dar explicaciones; yo, no. No se debe a un exceso de orgullo por mi parte: lo que se precisa no son explicaciones. La amistad es la alegría y fortuna indescriptibles que se producen en dos o más individuos que, por su temperamento, simpatizan. A tales naturalezas no puede atribuírseles error alguno, sino que se conocerán una a otra contra viento y marea. Entre dos que son similares por naturaleza y están hechos para congeniar no hay velo alguno, y no habrá ningún obstáculo. ¿Quiénes son los que se distancian? Dos amigos que se dan explicaciones.

A veces siento que podría decirles a mis amigos: «Amigos míos, soy consciente de que os he enfurecido, de que he preferido en apariencia el odio al amor, tratado en apariencia a otros con bondad y a vosotros sin ella, ocultado diligentemente mi amor y, antes o después, expresado mi rencor más absoluto». Imagino que podría pronunciar algo así, en algún momento que no va a darse nunca, pero, al mismo tiempo, dejadme decir con igual franqueza que creo que lo diría sin apenas arrepentimiento, que tengo la terrible necesidad de ser como soy. Si se conociera la verdad, y yo no la conozco, no albergaría preocupaciones con respecto a esos amigos a quienes malinterpreto o que me malinterpretan a mí. Sólo es malvado el destino por mantenernos alejados; mi amigo, en cambio, siempre es bondadoso. Mi naturaleza es la de la piedra. Hace falta el sol del verano para calentarla. Mis conocidos insinúan, en ocasiones, que soy demasiado frío, pero cada cosa tiene el calor que por su propia naturaleza necesita. ¿La roca es demasiado fría porque absorbe el calor del sol estival y no se desprende de él por la noche? Los cristales, aun siendo de hielo, no son tan fríos que no puedan llegar a derretirse; fue de hecho por derretimiento como se formaron. ¡El frío! Soy muy consciente del calor en los días invernales. No recibiréis de mí el calor del fuego; todo es cálido o frío de acuerdo con su naturaleza. No es que yo sea demasiado frío, sino que nuestro calor y frialdad no son de la misma naturaleza. Por ello, cuando yo soy cálido en extremo, puedo pareceros de lo más frío. El cristal no se queja del cristal más que la paloma de su compañero.

A vosotros, que os quejáis de que soy frío, también os parece que la naturaleza es fría. Para mí, sin embargo, es cálida. Mi calor hacia vosotros está latente. El fuego mismo es frío para todo aquello en cuya naturaleza no esté que el fuego lo caliente. El que yo sea frío significa que mi naturaleza es otra.

¡Con qué rapidez parece girar la Tierra al atardecer, cuando a mediodía es como si descansara sobre su eje!

21 DE DICIEMBRE DE 1853

Nos sentimos tentados de decir de estos días que son los mejores del año. Pensemos en la laguna de Fair Haven, por ejemplo, una llanura de nieve totalmente lisa, no hollada aún por los pescadores, rodeada de colinas nevadas, oscuros bosques perennes y hojas rojizas de roble, pura y silenciosa. Los últimos rayos de sol, al caer sobre la granja de Baker, reflejan un color rosa cristalino. Veo las plumas de una perdiz esparcidas sobre la nieve en un largo trecho, obra de algún halcón, quizá, pues no hay huella alguna.

¡Qué servil apetito de bromas y diversión sin fruto tienen nuestros compatriotas! Junto a una buena cena, como mínimo, les encanta un buen chiste, que se les hagan cosquillas en los costados, reírse afablemente, igual que en Oriente se bañan y aplican champú. Los directores de los liceos me escriben: «Estimado señor: he sabido que tiene usted una conferencia con cierto tono humorístico. ¿Nos haría el favor de leerla ante el Instituto Bungtown?».

22 DE DICIEMBRE DE 1851

Si en apariencia soy tan frío comparado con el calor de mi compañero, quién sabe si el mío es un resplandor menos efímero, un calor más constante y estable, como el de la tierra en primavera, que es cuando brotan y crecen las flores. No deseo oír ni pronunciar palabras, sino tener relaciones, y, a mi parecer, ocurre con más frecuencia que yo me marche sin que se me reciba, reconozca ni salude en la relación que ofrezco que a vosotros os decepcionen las palabras.

He descubierto en la forma, en la expresión del rostro de un niño de tres años, la probada magnanimidad y grave nobleza de antiguos valerosos ya difuntos. Esta mañana me he cruzado con un niño irlandés, que llegaba a la escuela por la lóbrega vía férrea desde la remota choza del bosque y daba el último paso desde el último ventisquero hasta el umbral de la escuela, aún trastabillando. No vi su rostro ni su perfil, sólo sus maneras; imaginé, y vi claramente en la imaginación, su rostro viejo e intrépido tras la sobria visera de su gorro. ¡Ay! Ese niño irlandés, no sé por qué, revive en mi mente a los audaces de la Antigüedad. No lo traen, nunca lo han traído, en una carreta de sauce. Avanza con sus propios y valientes pasos. ¿Acaso el mundo no espera una generación así? Aquí condesciende a su abecedario sin una sonrisa; él, que guarda en su cerebro el saber popular de mundos incontables. No habla de

las aventuras de la calzada. ¡Qué es el valor de Leónidas y sus trescientos muchachos en el paso de las Termópilas al lado del de este niño! Ellos sólo se atrevieron a morir, él se atreve a vivir y a aceptar las estampitas que, quizá, le dan como premio (sin que su semblante se relaje en una sonrisa), y que pasan por alto sus méritos, invisibles e inapreciables. El pequeño Johnny Riorden, que se enfrenta al frío y lo derrota como si fuera un ejército persa. Mientras los caritativos se pasean envueltos en pieles, él, vivaracho como un grillo, los adelanta de camino a la escuela.

22 DE DICIEMBRE DE 1852

Ando midiendo la granja de Hunt. Una pastura enrevesada, rocosa, salvaje, semejante a un páramo, esta de Hunt, con dos o tres enormes robles blancos que protegen del sol al ganado, por cada uno de los cuales el granjero no aceptó cincuenta dólares, aunque el constructor de barcos los ofrecía.

Es agradable, al acortar camino por una ciénaga, ver el color de los distintos bosques, el cornejo amarillento, los verdes prinoides y, en las tierras altas, los espléndidos agracejos amarillos. Es imposible salir tan temprano y no encontrar el rastro de alguna criatura salvaje.

Cuando regresaba a casa, justo después de que el sol se hubiera hundido bajo el horizonte, vi desde las tierras de N. Barrett una hoguera que habían hecho unos chicos sobre el hielo, cerca del puente Red, que parecía el brillante

reflejo de la puesta de sol en el agua, bajo el puente, tan cristalina, tan poco vistosa en esta tarde de invierno.

22 DE DICIEMBRE DE 1858

Camino hacia Walden. Veo en el Cut, cerca de donde está la cabaña, una buena bandada de *Fringilla hyemalis* y de jilgueros, juntos, por la nieve, la maleza y el suelo. Oigo el trino agudo y acuoso, ya conocido, de los últimos, y el *chil chil*, más seco, de los primeros. Estos pájaros, de un amarillo ardiente, con un poco de blanco y negro en los costados del manto, parecen estar bien protegidos del frío sobre la nieve. Puede que haya treinta jilgueros, muy briosos y a un tiempo dóciles. Están colgados, con la cabeza hacia abajo, de la maleza. En estos días los oigo acercarse al huerto de Melvin en busca de semillas de girasol.

22 DE DICIEMBRE DE 1859

Otro precioso día de invierno.

POR LA TARDE. Camino hacia la laguna de Flint. Hago una pausa y me quedo contemplando el arroyo Mill desde el puente Turnpike. Veo una buena cantidad de berros allí, en el fondo, a lo largo de una o dos varas¹, lo único

¹ En los textos de Thoreau, no ha de confundirse esta vara (que equivale a 5,03 metros) con la española, muchísimo más pequeña. (Salvo que se indique lo contrario, todas las notas son de la traductora).

verde que se distingue. ¿No es ésta la planta que conserva más, o de forma más notable, su verdor en invierno? Está tan verde como siempre y se agita en el agua igual que en verano.

Qué bien ajustada está la naturaleza. La más mínima alteración de su equilibrio se delata y corrige a sí misma. Al bajar la mirada hacia la superficie del riachuelo, me sorprendió ver una hoja flotando, o eso me pareció, corriente arriba, pero estaba confundido. El movimiento de una partícula de polvo en la superficie de cualquier riachuelo indica en qué sentido se inclina la tierra hacia el mar, en qué sentido se extiende el curso en constante descenso, y el único.

En los castañares cercanos a la laguna de Flint veo dónde han reunido las ardillas los pequeños zurroneos de castañas que quedan en los árboles. Los han abierto, por lo general, en la base de los troncos, sobre la nieve. Se trata, creo, de zurroneos pequeños e imperfectos, que no llegan a abrirse en otoño y son despreciados en esa época, pero, al colgar del árbol, tienen este uso, al menos, como alimento invernal de las ardillas.

El pescador está erguido en silencio sobre el hielo, esperando mi llegada, y, como es habitual, se apresura a decir que no ha tenido suerte. Lleva aquí desde primera hora de la mañana y, por uno u otro motivo, carece de fortuna; los peces no pican, no tendrá prisa en volver a este sitio. Todos cuentan la misma historia. Lo que viene a decir es que ha tenido «la suerte del pescador» y, si vais por ese camino, tal vez lo encontréis mañana en su viejo

puesto. Es difícil, está claro; cuatro pececillos que repartir entre tres hombres y dos millas² y media de caminata; y sólo habréis conseguido un apetito aún más voraz por la cena que no os habéis ganado. Sin embargo, el lecho de la laguna no es un mal sitio en el que pasar un día de invierno.

23 DE DICIEMBRE DE 1837

Hoy he cruzado el río sobre el hielo. Aunque hace un desapacible día invernal y el suelo está cubierto de nieve, he visto un petirrojo solitario.

Al lado del ribazo, junto al abeto tsuga inclinado, había unas cristalizaciones curiosas. Allí donde el agua u otra fuerza había formado un hoyo en la orilla, su garganta y borde exterior, como la entrada a una ciudadela de los tiempos antiguos, estaban erizados con una brillante armadura de hielo. En un lugar, se veían diminutas plumas, que parecían los penachos ondulantes de los guerreros adentrándose en fila en la fortaleza; en otro, los centelleantes estandartes en forma de abanico de las huestes liliputienses; en otro, las partículas en forma de alfileres, agrupadas en haces que recordaban a agujas de pino, podrían pasar por una falange de lanceros. Toda la colina era como una inmensa roca de cuarzo con cristales diminutos que destellaban desde un sinfín de rendijas.

² Una milla equivale aproximadamente a 1,6 kilómetros.

23 DE DICIEMBRE DE 1841

El alma del mejor de los hombres se convierte en un terrible espectro que ronda su tumba. El fantasma de un sacerdote no es mejor que el de un salteador de caminos. Complace enterarse de que uno que ha bendecido regiones enteras con su muerte, tras haberlas frecuentado mientras estaba vivo, no ha profanado ni proscrito un lugar al ser enterrado en él. Añade no poco a la fama de Little John³ el que su tumba fuera, durante largo tiempo, «célebre por producir excelentes piedras de afilar».

En todas las mitologías, los bosques son lugares sagrados, como los robles entre los druidas y el bosquecillo de Egeria, e, incluso, en la vida más familiar y común, como el bosque de Barnsdale y Sherwood⁴. Si Robin Hood no hubiera tenido ningún Sherwood del que echar mano, sería difícil adornar su historia con los encantos que tiene el lugar. Siempre es el relato que no se cuenta, las hazañas que se llevan a cabo y la vida que se vive en el paisaje inexplorado del bosque lo que nos cautiva y nos vuelve niños de nuevo, para que leamos sus baladas y oigamos fascinados hablar de la floresta.

³ Legendario forajido compañero de Robin Hood.

⁴ Lugares ambos vinculados a la leyenda de Robin Hood.